



Ariel Idez

ELOGIO DE LA PÉRDIDA

y otras presentaciones

INTERZONA

POEMAS ARGENTINOS, LESLIE HO

¿Cómo reconocer a un poeta? Hoy siento la necesidad de hacer esta pregunta. Repito: ¿Cómo reconocemos a un poeta? Arrojó la pregunta al vacío con la secreta esperanza de que alguien en este auditorio se ponga de pie y me devuelva una esclarecedora teoría al respecto; que nos hable de un brillo en los ojos, o de una opacidad en la mirada, que prescriba un ligero temblor de pies, de manos, que señale una distracción crónica, que describa una sinfonía de sutiles tics nerviosos o que, sin más, invoque la telepatía entre un poeta y otro, como las hormigas que reconocen a las de su misma especie y clase a través de las feromonas que intercambian al rozar sus antenas. Quiero saber si hoy, en este auditorio del Bajo Belgrano, estamos en presencia de un milagro o de una ley de atracción tan precisa que reúne a los poetas como a las gotas de aceite sobre una emulsión. Lamento profundamente que el hombre que ocupa el centro de esta mesa y que es la causa de que hoy estemos todos acá no entienda casi nada de lo que estoy diciendo y que, si no fuera por la traducción simultánea, no captaría de mi discurso más que términos aislados. Este hombre, con ese pantalón de vestir negro y esa camisa de seda amarilla que parecen quedarle varios talles grandes a su cuerpo enjuto se llama Leslie Ho y es un poeta y ese nombre suyo ya puede por derecho propio pasar a ocupar un lugar en una lista en la que sobresalen Ulrico Schmidl, Charles Darwin, Paul Groussac, Guillermo Enrique Hudson, Witold Gombrowicz y Bruce Chatwin entre los que se me vienen

ahora a la cabeza: la de aquellos que han visto con ojos extranjeros nuestra patria y nos la han devuelto bajo una mirada nueva, luminosa, ajena y enriquecida; una mirada reveladora sobre nosotros mismos y el país que habitamos.

Pero seis meses atrás no sabíamos nada de esto, ni de la rica historia de Leslie Ho, que nació en 1965 en la provincia de Fujian, al sudeste de China; que viajó a Beijing en los años ochenta para seguir sus estudios universitarios y se sumergió en el estimulante espíritu de reforma que vivía la ciudad y que terminaría trágicamente con la masacre de Tiananmén; que se inició a la poesía con un maestro de lujo: Duo Duo, uno de los poetas contemporáneos más importantes de China; que participó de la Gran Exhibición Poética en 1986, como miembro del grupo de Poesía del Estado de Ánimo, del cual él era el único integrante; que fue parte de la corriente conocida como Grupo de los Poetas Oscuros (*Ménglóng Shirén*) aunque luego abjuró de esa estética para adoptar un estilo más llano y coloquial; que dictó clases de filosofía en la Universidad de Beijing hasta que, cinco años atrás, accedió a páginas web prohibidas por el gobierno a través de un cortafuegos que creyó confiable pero que, en realidad, había sido diseñado por el mismo gobierno como una trampa para disidentes; que abrió un blog en el que incluyó algunas “opiniones desfavorables” al régimen; que fue descubierto y, frase que desde la caída del muro casi no pronunciamos, “cayó en desgracia”; que estuvo un tiempo en la cárcel y al salir había perdido su cargo en la universidad y la posibilidad de conseguir otro trabajo; que se vio obligado a abandonar el país y aceptar la oferta que le ofrecían unos parientes lejanos de su madre que se habían instalado hacía unos años al otro lado del mundo en un país remoto.

El nuestro, claro.

Con sus últimos ahorros y el dinero adelantado por sus familiares, Leslie Ho costeó los gastos de la agencia que lo trajo a nuestro país, y que todavía está pagando con su trabajo. Si seis meses

atrás nos hubiéramos cruzado con Ho, nuestro único intercambio habría sido el mínimo indispensable para hacerle entender que queríamos cien de queso, cien de salame o cien de cantimpalo, ya que desde hace tres años Leslie Ho atiende, de lunes a lunes, de 8 a 22 con una breve pausa de dos horas al mediodía, la fiambrería situada al fondo del supermercado “Felicidad” (幸福 o *Xingfú*, en chino), que sus familiares administran en el barrio de San Telmo. Este régimen de trabajo, en fin, asiático, al que ha estado sometido Leslie Ho, completamente distinto al que regía su labor como docente universitario, lo ha convertido en un viajero inmóvil y, paradójicamente, en el más radical de los testigos de nuestra cultura. Con pocas chances de conocer el país que ahora habita, dado que su vida apenas transcurre afuera del súper en el que todo acto comunicativo se reduce al chino mandarín, Ho tan solo aprendió algunos rudimentos del castellano que no van más allá de las cifras, las medidas de peso y la nomenclatura de los embutidos argentinos. Su mirada sobre el país, la ciudad de Buenos Aires y su cultura están irremediablemente teñidas por las circunstancias de su exilio, la naturaleza tediosa y poco atractiva de su trabajo y las escasas oportunidades de intercambio cultural por fuera de sus doce horas de jornada laboral. Esas dos horas de descanso diarios apenas le dan la chance de un paseo por las inmediaciones del supermercado, de hecho, casi me atrevo a decir que esta es la primera vez que Leslie Ho sale del radio circunscrito por los barrios de San Telmo, Monserrat y Balvanera.

Pero Leslie Ho es un poeta y como tal, aún en las peores condiciones, o precisamente en las peores condiciones, un poeta escribe. En los tiempos muertos de la fiambrería, en sus dos horas de descanso, en las noches solitarias del supermercado, Leslie Ho escribía poemas como este:

工作十二小时一天
在幸福
在我睡觉
在一个旧的床
幸福的底部
我醒来
在幸福
我趴
在幸福
两个小时的日常休息
幸福
人们来
我不明白
我无法沟通
在幸福
连日
幸福

Trabajo doce horas diarias
en Felicidad
Después duermo
sobre un catre viejo
al fondo de Felicidad
Me despierto
en Felicidad
me acuesto
en Felicidad
y descanso dos horas diarias
de la Felicidad
La gente viene
y no me entiende
no me puedo comunicar
en Felicidad
día tras día
Felicidad.

Pero la escritura de Ho no se trataba solo de un ejercicio introspectivo para aliviarse de un destino malogrado y un trabajo insostenible. Nuestro poeta también empezó a escribir sobre el extraño lugar al que había llegado y la gente con la que interactuaba a diario.

阿根廷人
凝乳闻
他们说喊
与许多手势语言
急躁
如果你不明白
生和熟的差别
他们告诉我，在街上
“中国话”

Los argentinos
huelen a leche cuajada
hablan a los gritos
un idioma con muchos gestos
se impacientan
si no entiendo
la diferencia entre
lo crudo y lo cocido
me dicen por la calle

“嘿，哥们”
“¿tenés moneda?”
他们开玩笑
阿根廷人
他们造成多大的恩惠
阿根廷笑了很多
裂缝向上
当它们含实践
礼貌的一种罕见的

“Eh, chino”
“Eh, amigo”
¿Tenés moneda?¹
Hacen chistes
los argentinos
que les causan mucha gracia
ríen mucho los argentinos
ríen a carcajadas
cuando están entre ellos
practican
una extraña forma
de la cortesía.

Y podría haber seguido así, ¿no cierto? Leslie Ho podría haber continuado el resto de su vida cortando cien de cocido, cien de máquina, cien de pavita, o haber aprovechado alguna flexibilización del régimen o un indulto que le permitiera retomar su cargo o haber sacado partido de la legendaria inmensidad china –aquella misma que, según Kafka, condenaba a las órdenes del emperador a no llegar nunca a destino– para instalarse en alguna provincia remota, en la frontera del Gobi, a orillas del Yangtsé o vaya uno a saber dónde y recordar con pesar aquellos “años perdidos” en la fiambrería del supermercado argentino. Pero yo hablaba de un milagro y en este caso el milagro tiene nombre y apellido: se llama Miguel Ángel Petrecca. Petrecca es, aún, un joven poeta que, cuando era mucho más joven se embarcó con un grupo de personas en una aventura que, y lo cito, “Vista en perspectiva, cuesta imaginar más destinada al fracaso desde su misma concepción”. La empresa en cuestión consistía en traducir directamente del chino al poeta clásico de la dinastía Tang, Tu Fu.

Sin que nadie supiera chino, por supuesto.

1 En castellano en el original.

Pero la empresa más descabellada puede tener las consecuencias más insospechadas y de ese colectivo que se disolvió a las pocas reuniones, desalentado por las dificultades casi insalvables que a cada paso presentaban los caracteres chinos, emergió la firme voluntad de Petrecca de aprender el idioma y traducir a nuestra lengua a sus poetas.

A mí, que fatigo mis neuronas para articular una frase en correcto inglés o francés, esta iniciativa se me antoja como lo más parecido a la construcción de la Muralla China por un solo hombre, pero a Petrecca, que debe tener una facilidad pasmosa para las lenguas o una convicción capaz de sobreponerse a toda prueba, le bastó con cinco años de estudio y uno de perfeccionamiento en China para seleccionar y traducir de su idioma original los cien poemas que conforman *Un país mental*, su antología de poesía china contemporánea que ya se ha convertido en uno de los hitos de la literatura argentina en lo que va del siglo XXI.

Si la historia de Petrecca parece cuento (chino), su encuentro con Leslie Ho no hace más que agregar otro capítulo a esta saga prodigiosa. Porque si bien nuestro poeta y traductor vive en Caballito, su novia habita el barrio de San Telmo. Imaginen su sorpresa cuando vio al fiambrero del supermercado leyendo una antología del poeta de la dinastía Tang, Li He. Pero mayor aún fue la sorpresa que se llevó Leslie Ho cuando un joven cliente le preguntó –en chino– si le gustaba la poesía. En verdad ni siquiera llegó a sorprenderse, porque la situación era de un grado tal de improbabilidad que su mente no fue capaz de procesarla: Ho confesaría después que creyó que, de tanto soportarlo como ruido de fondo, había logrado empezar a comprender, como en un pase de magia, el idioma de los argentinos y por eso respondió con un dubitativo “Sí... ¿Cuánto de mortadela?”. Pero ya podemos suponer que Petrecca no es de esos que se amilanan a la primera adversidad. A riesgo de elevar peligrosamente sus índices de colesterol, empezó a comprar fiambre todos los días o, al menos, todos los días que pasaba en casa de su

novia, eligiendo estratégicamente los horarios en los que el súper estaba más tranquilo, y así logró ganarse la confianza de Ho, que ni en sus más descabelladas fantasías imaginó que podría ponerse a hablar en chino sobre poesía china clásica con un cliente argentino mientras rebanaba en fetas una pieza de jamón cocido Paladini. Cuando el lazo se estrechó, Petrecca le regaló un ejemplar de su libro, del que Ho apenas pudo entender algo, ya que no se trata de una edición bilingüe, aunque conocía algunos de esos poemas de memoria e incluso personalmente a varios de los autores y, sintiéndose en deuda con su nuevo amigo, se disculpó diciéndole que lamentablemente él no podía obsequiarle ninguno de sus libros ya que con la amargura que envolvió su partida, no había querido traerse nada que le recordara su vida pasada pero que, si Petrecca accedía, si no lo tomaba como una impertinencia o una descortesía, le gustaría compartir con él los poemas que había venido escribiendo desde su arribo a la Argentina. Petrecca, obviamente entusiasmado, le dijo que por supuesto que sí, que le encantaría leerlos y entonces Leslie Ho le indicó que lo esperara un momento y se perdió en la trastienda de la fiambrería tras atravesar una cortina hecha con tiras gruesas de plástico transparente. Petrecca imaginó que volvería con una carpeta foliada en la mano, un sobre con fotocopias, unas hojas abrochadas, pero en lugar de eso vio resurgir a Ho del cortinado plástico con un manojo de papeles grises y arrugados, de esos que se usan para envolver el fiambre, llenos de caracteres garrapateados con la misma birome bic azul con la que Ho anotaba el importe de la compra para la caja. Los papeles, incluso, conservaban las marcas del corte con el serrucho dentado en el que se monta el rodillo. Entonces Petrecca comprendió la extrema precariedad de esa poesía, escrita a la intemperie de una vida malograda, y el valor del gesto de Ho: le estaba confiando la “obra” de sus últimos años. En ese manojo de papeles podían leerse poemas como el siguiente: